

El jilguero de Donna Tartt

El valor de la técnica

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Las novelas extensas no son sencillas. Parecen provenir de otras épocas, cuando la literatura era el medio de entretenimiento por excelencia. Hoy en día no sólo compiten con las decenas de novedades editoriales que cada mes repueblan los estantes de las librerías. También deben hacerlo con medios más inmediatos para llevarnos a los terrenos de la ficción. ¿Quién preferiría enfrentarse a un mamotreto de más de mil páginas si puede optar por una película, una serie de televisión o media docena de novelas ofreciendo otras tantas historias? Supongo que ese es, apenas, el primero de sus desafíos.

Eso parece importarle poco a Donna Tartt (Greenwood, 1963) y a una buena cantidad de sus compatriotas. La novelística norteamericana actual está plagada de gruesos volúmenes que buscan contradecir el argumento en una de las sociedades más mediatizadas. ¿Cuál es, entonces, el secreto? Una respuesta facilista apuntaría al *bestseller*: libros manufacturados más que escritos (de hecho, existen autores que han fundado su propio *workshop*, dadas las exigencias del mercado).

No es el caso de Donna Tartt. Su más reciente novela, *El jilguero*, ha obtenido el Premio Pulitzer a la Ficción 2014 y se aleja de las fórmulas tradicionales del *best-seller*. Eso no implica, empero, que no tenga tantos detractores como entusiastas. Al menos entre los reseñistas y críticos de libros.

La historia que cuenta no parece ser demasiado complicada. Theodore Decker es un niño que, tras una serie de infortunadas circunstancias (si ese día no hubiera llovido, si ese día hubiera llevado paraguas, si no lo hubieran suspendido en la escuela, si se hubieran detenido a desayunar...), está dentro del Metropolitan Art

Museum de Nueva York cuando sucede un atentado terrorista que destroza varias salas y mata a muchas personas. Entre ellas, a su madre; algo de lo que se enterará más tarde, debido a que se habían separado.

En medio de la confusión provocada por los explosivos, toma un pequeño cuadro por indicaciones de un hombre agonizante. Es, claro está, *El jilguero* de Fabritius, un superdotado pintor holandés. El resto de la novela lo llevará a distintos escenarios: desde un lujoso departamento en una de las zonas más exclusivas de Nueva York, hasta Las Vegas, adonde lo trasladará su padre tras el reencuentro (él los había abandonado hacía varios meses); desde un colegio de alto nivel hasta una tienda de antigüedades; desde el cuidado de quienes lo quieren hasta la caída en el mundo de las drogas duras.

La historia de Theo se irá construyendo mientras se abre paso en un mundo que poco le interesa: en él ya no está su madre. En cada una de sus mudanzas viajará con el pesado lastre del cuadro robado. Devolverlo no es una opción, sería acusado; desecharlo tampoco, él conoce el valor de la pintura.

Las andanzas de Theo no son excesivas. Al contrario, se pueden reducir a unas cuantas. En ellas, se topará con personajes poderosos que coadyuvarán a la construcción de su destino. Más allá de eso, la novela se centra en la evolución del protagonista, en la forma en que se construye su interioridad.

Y eso, a lo largo de más de mil páginas. Pero la novela no es aburrida. Ciertamente, tiene algunos baches por demás comprensibles pero nunca se repite y lograr eso no es sencillo. La pregunta sigue latente: ¿cómo lo hace?



Los detractores de *El jilguero* aseguran que es una novela demasiado aséptica. Eso significa que la autora maneja una técnica narrativa con tal dominio que es difícil que nos emocione. Conuerdo sólo en parte.

Es verdad que Donna Tartt domina la técnica a un grado enfadoso. Parece la estudiante aplicada que prefiere no correr riesgos. Si es así, albricias. Dominar una técnica narrativa no es sencillo y resulta algo deseable de adquirir. En ese sentido, uno puede sentirse cómodo al ser rodeado por las palabras. Aun cuando uno sospeche que estas no alcanzarán a profundizar en el plano de las emociones. Sin embargo, lo hacen. He ahí mi discrepancia. Tartt consigue una buena decena de momentos luminosos (habrá quien diga que son menos y puede ser, siempre hay cabida para las subjetividades). Y esos momentos, esas viñetas vívidas del sentir del personaje, bien justifican la extensión de *El jilguero*.

Escribir novelas largas no es sencillo. Es muy fácil que no aguanten la tensión a la que son expuestas. Pese a ello, cuando están logradas se agradecen porque provocan esa extraña paradoja consistente en querer seguir leyendo mientras se desea no acabar. *El jilguero* lo consigue. Es probable que no llegue a la categoría de obra maestra pero cumple a cabalidad lo que promete. Además, por fortuna, las obras maestras a las que nos enfrentaremos en nuestra vida serán contadas y, a veces, es necesario adquirir ciertas habilidades para acercarse a ellas. Donna Tartt nos ayuda a afinar nuestros sentidos. **U**

Donna Tartt, *El jilguero*, traducción de Aurora Echevarría Pérez, Lumen, México, 2014, 1152 pp.